



L. C.
128

LA GRANDE ISLA DE JAUJA.

Desde el sur al norte frío,
desde el oriente al ocaso,
la fama con trompa de oro
publique en acentos claros
el suceso mas famoso,
y el mas prodigioso hallazgo,
que el dorado sol registra
luz à luz, y rayo à rayo.
Es el caso que un navío
del general don Fernando,
surcando del dios Neptuno
el mas sazonado charco,
ha descubierto una isla,
cuyos jarifos espacios,
ò son jardines de Venus,
ò pénsiles son de Baco:
cuyas casas eminentes,
cuyos rumbosos palacios,
ò brillan con margaritas,
ò deslumbran con topacios.
Sus fachadas y paredes
de pórfido son y mármol,
de marfiles espejosos
y cándidos alabastros.
Los suelos de jaspe y bronce,
los techos artesonados
de bruñido oro y rubíes
que arrojan de luces rayos.
Sus cuadras, sus aposentos,
todos están entoldados
de telas de plata y oro,
de brocados de tres altos,
de láminas, de doseles,
de hermosos y finos cuadros,
sillas de brocado y plata,
con clavos de oro esmaltados.
Bufetes de filigrana,

escritorios de oro varios,
baúles de pedrerías,
camas de cristal cuajado,
sábanas de holanda prima,
colchras de vistosos lazos,
mantas de olorosas felpas,
colchones de pluma blandos.
Finalmente están las casas
abastecidas de cuantos
ajuares son los precisos
para vivir con regalo.
Llámase esta ciudad rica,
Jauja, deleitosa, y tanto,
que allí ninguna persona
puede aplicarse al trabajo:
y al que trabaja le dan
doscientos azotes agrios,
y sin orejas le arrojan
de esta isla desterrado.
Allí todo es pasatiempo,
salud, contento, regalos,
alegrías, regocijos,
placeres, gustos, aplausos,
risas, entretenimientos,
felicidades, albagos,
juegos, deleites, favores,
paces, quietud y descanso.
Vívase allí comunmente
lo menos seiscientos años,
sin hacerse jamás viejos,
y mueren de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
hacen con curioso ornato
de évanos y de marfiles
vistosos encajonados.
Las murallas que la cercan,
siendo de bronce dorado,



18010

tienen de cerco diez leguas,
y de ancho trescientos pasos.
Doce principales puertas,
que están diamantes brillando,
paso à la ciudad ofrecen,
pero defienden el paso
dos guardas en cada una,
que hechos vigilantes argos
no dejan entrar à dentro
pesares, congojas, llantos,
desdichas, tristezas, iras,
angustias, penas, amagos,
tormentos, dolores, muertes,
enojos, sustos ni enfados.
Solo la entrada franquean
los guardas à todos cuantos
forasteros quieren ir:
y lo que pasa en llegando,
es que salen diez doncellas
vestidas de azul y blanco,
tan bizarras como hermosas,
y con instrumentos varios,
unas diciéndole amores,
otras haciéndole alhagos
cariñosas y apacibles,
cuál tañendo, cuál cantando,
le llevan en medio de ellas
à un riquísimo palacio,
de que toma posesion,
à su obediencia quedando
las damas para asistirle,
à servirlo y regalarlo;
y de quince à quince dias,
ò mes à mes lo mas largo,
vienen otras diez doncellas
para refresco y regalo,
que ò son hechizos de amor,
ò son de hermosura encanto.
Es tan rica esta ciudad,
y es abastecida tanto,
que si acierta à describirlo
mi pluma, será milagro.
Primeramente hay en ella
à trechos proporcionados
treinta mil hornos, y todos
tienen, sin costar un cuarto,
con abundancia coquetas,
pan de aceite azucarado,

bizcochos de mil maneras,
chullas de tocino magro,
empanadas escelentes
de pichones y gazapos,
de pollos y de conejos,
de faisanes y de pavos,
de lampreas, de salmon,
de atunes, truchas y barbos,
de sabogas y besugos,
y de otros muchos pescados.
Tienen pasteles sabrosos
de carnero y manjar blanco,
y de regaladas aves
cubiletes ojaldrados.
Pastelones de ternera,
lechoncillos muy tostados,
tortadas de varios dulces,
y de sazoados agrios.
Cazuelas de codornices,
de arroz, tordenchas y gansos,
y de otros pájaros bobos
sabrosos y estraordinarios.
Hay un mar de vino griego,
de san Martin otro blanco;
dos rios de malvasía,
de vino moscatel cuatro,
de hipocrás hay tres arroyos,
de limonada diez charcos,
de aguas de limon y guindas,
canela y agráz, seis lagos.
De vinagre blanco y tinto
dos balsas en breve espacio,
de aguardiente treinta pozos,
los mas de ellos amizclados.
De agua dulce, clara y fresca,
doce mil fuentes, que es pasmo
lo artificioso de todas,
lo primeroso y lo vario.
Hay de leche un ancho rio,
en muchas partes elado,
otro de natas y azucar,
todo goloso brindado.
De queso una gran montaña,
de mantecadas un campo,
de manjar blanco una acequia,
y de cuajada un barranco.
Hay dos empinadas cumbres
de azucar fino y violado,

un valle de mermeladas,
de mazapanes dos llanos,
de canelones dos montes,
de diacitron dos collados,
de pèrsigos y de alcorzas,
muchos cerros empinados.
De ciruelas un sin fin,
de calabazate un caos,
y de todas confituras
muchas minas y cernachos.
Hay de miel un largo rio,
guarnecido y margenado
de arboledas, cuyos frutos
son pellas de manjar blanco,
almojávanas sabrosas,
buñuelos almijarados,
mantequillas, requesones,
y pepinos confitados.
Hay doce acequias de aceite,
y un dilatado peñasco,
la mitad de salmon fresco,
la otra mitad de salado.
Hay un altísimo risco
de nieve (prodijio raro!)
que en el invierno calienta,
y refresca en el verano.
Hay una hermosa arboleda
de cuatro leguas de ancho,
que abundantemente tiene
en cualquier tiempo del año
peras, membrillos, camuesas,
melocotones, duraznos,
manzanas, granadas, higos,
todo bueno y sazonado.
Hay viñas que en todo tiempo
dan racimos regalados
de moscatel, alvillas,
morate y boton de gallo.
Hay campos que dan melones,
ya blancos, ya colorados,
ya chinos, ya moscateles,
ya escritos, y ya borrados.
Hay dos lagunas ò torres,
continuamente manando
aceitunas como huevos,
y alcaparrones bizarros.
Hay de alnizcle y de pevetes,
de algalias y de tabacos,

de ámbar y otros mil olores,
un amenísimo prado.
Hay un espacioso bosque
adonde nacen caballos
andantes y corredores,
ensillados y enfrenados,
potros, yeguas, mulas, bacas,
carneros, cabritos, gamos,
corzos, cabras y terneras,
javalíes y venados.
Hay un millon de carrozas,
de coches un maremagnum,
de centeno y trigo montes,
de paja y cebada varios.
Hay ciento y cincuenta cuebas,
y estas son lonjas sin amos,
llenas de paños de Londres,
de terciopelos, de rasos,
tafetanes y tabíes,
espolines y damascos,
toda variedad de lienzos,
de lanas y de brocados,
toda riqueza de joyas,
perlas, diamantes, y cuanto
quiera pedir un curioso,
y ha menester un paisano.
Hay una hermosa alameda,
de cuyos jarifos ramos
penden diversos vestidos,
à cada cual ajustados,
espadas, guantes, coletos,
sombremos, medias, zapatos,
camisas, balonas, bueltas,
calcetas, ligas y lazos.
Para las señoras damas
hay tambien vestidos varios,
muy llenos de plata y perlas,
y de diamantes bordados;
sin que falte cosa alguna,
que importe para su ornato;
y todo lo dicho cuesta
solo llegar y tomarlo.
Hay cuarenta mil iglesias,
ermitas y santuarios,
todo de plata maciza
y oro fino fabricados.
La riqueza de ornamentos,
de capillas y retablos,



considérello el prudente,
 mientras lo envidia el avaro.
 Hay en cada casa un huerto,
 de plata y bronce cercado,
 que es prodigio lo que abunda
 de riquezas y regalos.
 De sus parrales frondosos
 todo el año están colgados
 por racimos longanizas,
 chorizos mazapanados,
 morcillas blancas y negras,
 perniles frescos y magros,
 salchichas, lomos, papadas,
 cuales gordos, cuales flacos,
 En las cuatro esquinas de él
 hay cuatro cipreses altos,
 que son de cristal sus hojas,
 de oro sus troncos y ramos.
 El primero trae perdices,
 el segundo gallipavos,
 el tercero da gallinas,
 y capones cria el cuarto.
 Al pie de cada ciprés
 hay un estanque cuajado,
 cual de doblones de à ocho,
 y cual de reales de à cuatro.
 Hay cuatro alacenas de oro,
 y de cristal sus tejados,
 que aunque es lo precioso mucho,
 os lo artificioso raro.
 Una está llena de vidrios,
 con varia invencion forjados,
 otra de plata bruñida
 de cantimploras y platos;
 otra de cristal y oro,
 fazas, salvillas y vasos,
 y la cuarta de oro terso,
 piedras preciosas mediando,
 con algunos diamantes
 que afrentan del sol los rayos.
 Está este jardin famoso
 abundantamente dando,
 entre fragancias de flores,
 y gorgéos de canarios;
 arroz famoso, fideos,
 piñones, nueces, garvanzos,
 avellanas, cañamones,
 turrónes negros y blancos,

todo género de especias,
 de hortaliza todo abasto,
 sin que falte lo que es útil,
 ni abunde lo que hace daño.
 En medio de este vergel
 hay un sartidor gallardo
 de jaspes, mármol y bronce,
 oro, plata y alabastro.
 Un ángel de oro bruñido
 dá un hipocrás soberano;
 agua dulce, clara y fresca,
 un águila de alabastro.
 Un leon de bronce fino
 dá vino moscatel blanco,
 y un toro de plata tersa
 vino de Toro estremado.
 Entre las doce columnas
 de esta fuente, hay un espacio
 con su bufete y asientos,
 do apenas están sentados,
 cuando llueven en la mesa
 toda manera de agrios,
 toda manera de dulces,
 toda sazón de guisados,
 todo aliño de gigote,
 toda variedad de asados,
 de postres y de principios,
 y cuanto pida un cristiano.
 Los palacios de los reyes,
 siendo los de los vasallos
 tan ostentosos y ricos,
 con eso están alabados.
 De lo que hai en esta isla
 esto es una cifra, un rasgo,
 porque describirlo todo,
 es intentar deslumbrarlo,
 ó agotar del mar las aguas,
 ó medir el cielo à palmos.
 Animo pues, caballeros,
 ánimo, pobres hidalgos,
 miserables, buenas nuevas,
 albricias, todo cuitado.
 Y su autor Pedro Buscarlo
 pide perdon de sus faltas;
 que si no fuere lo dicho
 como lo he pronosticado,
 será lo que Dios quisiere,
 que así fue el año pasado,

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 18.